

de la filosofía actual, la del siglo XXI. Para poder comprenderlo así debemos dejar de mirar a los autores del siglo XX como autores actuales, tampoco lo son desde luego los autores del siglo XIX. Si aquellos son contemporáneos y estos modernos, los filósofos actuales del siglo XXI tienen el deber moral de pensar el Yo, el otro y la humanidad de tal modo que la filosofía del siglo XXI se convierta en una filosofía del nosotros. Por este motivo, concibo este libro como una obra necesaria, pero espero un segundo volumen del autor en el que –una vez que ya ha llamado la atención sobre esta “tarea pendiente”– nos sorprenda con un estudio amplio, detenido y minucioso en el que incida en algunos aspectos que en este libro sólo vienen anunciados. Lo cual no es una crítica al libro en cuestión, pues en sí mismo me parece inmensamente valioso el anuncio en sí de que la filosofía del siglo XXI es una reflexión sobre el verdadero nosotros, como dice Andrés Ortigosa: «una forma metafísica y existencial de concebir a las personas como parte de la humanidad en diálogo entre nuestro yo y el otro», y como quiera que esto se encuentra aún en estado naciente, podemos decir –nuevamente con el autor– que lo que nos toca es «filosofarnos al alba».

Alejandro Rojas
Universidad de Málaga

CHOZA ARMENTA, JACINTO L., *En el principio era la madre. Matemática y física del comienzo*, Sevilla: Themata, 2024. 388 pp.

“En el principio era la madre. Matemática y física del comienzo” es el segundo volumen de una trilogía que nació con el objetivo de exponer la unidad del saber a lo largo de la historia y a poco andar comprendió que esa unidad tenía forma de mujer. La trilogía decidió entonces narrar la historia del saber universal desde el punto de vista femenino, desarrollando de manera progresiva los diferentes niveles del conocimiento: mítico, religioso y metafísico, el primer volumen; matemático y físico, el segundo; teológico y litúrgico, el último volumen. El común denominador es lo femenino en su específica función materna, en torno a la cual gravitan historia y conceptualizaciones.

El volumen que nos ocupa es un diálogo constante en clave físico-matemática entre el mito, la filosofía y la ciencia, o bien, entre lo particular y lo universal, lo histórico y lo originario. A la luz de los primeros principios y en ejercicio del hábito de la sabiduría, el texto procede mediante un “método comparativo de la historia cultural y de la filosofía de la cultura” (p. 30). El axioma que sostiene esa metodología es la unidad de la experiencia y el saber universales, de donde es posible establecer comparaciones transculturales y síntesis conceptuales meta-históricas. Las fuentes que alimentan ese ejercicio

sistemático son consistentes con su propósito y alcance universal del libro. Esto es, obras de los grandes filósofos y científicos de todos los tiempos, que marcaron hitos en el desarrollo del pensamiento.

Podríamos atribuir al presente volumen lo que este atribuye al pensar universal: el hecho de constituir un *μητρικός* o *mitrikós* –un saber maternal (p. 272)–, dispuesto en perspectiva histórica. Cada punto y momento de su despliegue amplía el radio de una espiral que no deja de concebir y dar a luz. Lo podríamos caracterizar también como una enciclopedia matricial en el estricto sentido de una configuración teórica que se desenvuelve por círculos concéntricos en torno al mismo principio, origen y elemento materno. Incontables voces, perspectivas y planos toman parte en una sinfonía *uni-versal* vertida de todas las maneras posibles.

La obra consta de 8 capítulos, cada uno enorme, enciclopédico y universal, desbordante de autores, conceptos e historia. El capítulo 1 (pp. 39-74) se dedica al comienzo del universo –mundo y vida– interpretado en la figura, lengua y cifra de lo femenino. El capítulo 2 (pp. 75-102) aborda la matemática de la nada, el cero, el Uno, la tríada pitagórica, cuya especulación replica en teorías como las de Cantor o Peano. El capítulo 3 (pp. 102-130) inaugura la cuestión del comienzo físico con el hilemorfismo clásico y su correlato en teorías científicas como la nucleogénesis o la tabla de partículas elementales. El capítulo 4 (pp. 131-174) avanza sobre la gradual organización de la materia inerte en progresión hacia la vida, la conciencia y la inteligencia humana. El capítulo 5 (pp. 175-230) introduce el tema del movimiento y el cambio desde la conceptualización platónica y aristotélica hasta las actuales teorías sobre la unidad energía-masa de Faraday y Einstein, pasando por la concepción de la energía-fuerza de Leibniz, Lagrange, Klein o Noethe. El capítulo 6 (pp. 231-276) se sumerge en el espacio, la geometría y la pluralidad de espacios geométricos teorizados por científicos como Riemann y Poincaré. El capítulo 7 (pp. 277-316) tiende puentes entre el espacio geométrico, físico y lógico. El último capítulo (pp. 317-356) cierra el volumen con la cuestión teleológica y escatológica, abonada por reflexiones sobre la finitud y la muerte de Gorgias, Hume, Husserl, Simone Weil, Edith Stein o Teilhard de Chardin.

La sucesión de los capítulos ostenta erudición, dominio de la historia de la filosofía, la ciencia, cuestiones matemáticas, físicas, químicas, etc. que exigen un suplemento de pericia o, al menos, entusiasmo amateur en disciplinas inexploradas. Se trata de ese tipo de composiciones que le abren al lector mundos extraños y fascinantes, y desafían al viaje. Sin embargo, todas las voces en sus diferentes tonos, matices y melodías tallan las dos grandes cuestiones del volumen: el número –que es medida, orden ritmo, *arithmós* y aritmética– y la materia –energía, potencia, elementos, espacio, geometrías–. Homologar conceptos entre Ptolomeo hasta la actualidad guardando las respectivas distancias de cada

caso es un ejercicio de altura, y el autor la tiene. El principio de la analogía, que es simetría, proporción e invariancia universal, aplica también al microcosmos del presente volumen, confiado en la unidad del saber y su despliegue por un movimiento de ida, vuelta y expansión que nunca pierde el centro ni el número.

Quisiera detenerme en los dos conceptos-fuerza organizadores de la matemática y la física del comienzo: la medida y la materia, en torno a los cuales el texto concentra su expansión. Medida y materia, ambas derivan etimológica, lógica y empíricamente de la madre. Por un lado, el término *matar*/μήτηρ/*mater* significa la esencia, la medida y el orden de la realidad. La madre originaria, su matriz, del *Xaos* hacia *cosmos*, de la oscuridad, luz y orden. Términos indoeuropeos como *matih*, μέτρον, *metior*, *mensus* o *mensura* proceden de su ella y expresan su medida ordenadora, nutricia y luminosa. Por eso el *cosmos*, que es orden, está escrito en el lenguaje matemático de la Madre y su conocimiento –nos dice Choza– es un μητρικός, un saber materno. Número, proporciones, analogías, simetrías o equilibrios se gestan en su seno y repiten su generación. La matemática del comienzo es la suya. La tradición la ha representado como *Gea Kāma*, Isis, Eva, la Pacha Mama, cabra Amaltea, ninfa Adrastea, Noche o Autozoé. En la síntesis especulativa de Choza, lo que los Oráculos Caldeos designan con el nombre de Hécate, el hinduismo con el nombre de Śakti o el cristianismo con el de Inmaculada Concepción, es especulativamente comparable con lo que la tradición físico-matemática ha llamado el éter, el cero, el conjunto vacío de Cantor (\emptyset) o el campo de Higgs (p. 121), entre otras tantas configuraciones analogables.

La Madre es el punto cero del universo, vacío, éter o indeterminación pura de la cual surge toda forma y determinación. El autor explica que “el 0 es la ley del continuo, su presencia permanente como fundamento del número en la realidad y en el intelecto, por eso no tiene una relación con los demás números como cualquier otro. No se puede multiplicar ni dividir por cero” (p. 314). Que en el comienzo sea la Madre significa entonces la primacía de la potencia, lo probable y posible, de la libertad y el continuo infinito e indeterminado. Su número áureo ϕ contiene en su seno una potencialidad inconmensurable; su cifra mantiene en todo la proporción y la invariancia; su círculo, que siempre está naciendo, sostiene la repetición de lo igual en toda alteridad. El *arithmós* materno dibuja los fractales matemáticos, físicos y geométricos del universo como una eterna *Aufhebung* que contiene y supera lo mismo cada vez. El tetraktys pitagórica o el conjunto de Cantor son también fractales multiplicadores de sí mismos, en cuya música y lenguaje se traza el universo (pp. 102, 142).

La medida materna se desdobra y repite a sí misma en todo nacimiento como el fractal, el círculo, la *Aufhebung*. Así también las nuevas teorías contienen las precedentes en configuraciones que replican lo esencial, del mismo modo que los seres mantienen su identidad a lo largo de la existencia. Ese movimiento de repetición y expansión aplica a toda realidad y Choza lo describe en estos términos:

El cuerpo del animal viviente se contiene a sí mismo corporalmente en sus cromosomas, mediante los cuales puede decirse, repetirse o reproducirse a sí mismo. La psique de los seres humanos (compuestos de alma y cuerpo) se contiene a sí misma psíquicamente en las palabras (compuestas de significado y de sonidos), y puede decirse a sí misma en la comunicación verbal. El intelecto se contiene a sí mismo intelectualmente en los conceptos, y puede decirse a sí mismo en el diálogo intelectual, etc. Esta propiedad de los entes de contenerse a sí mismos significa que son idénticos a sí mismos, y que en sus procesos de cambio se transforman de un modo proporcional y simétrico a su situación de partida, es decir, que en sus procesos de cambio llevan a cabo una cierta reflexión sobre sí mismos. Esta reflexión no consiste en una reflexión completa o absoluta, pero sí suficiente para captar de algún modo el fundamento del propio ser, dentro y fuera de sí mismo (pp. 43-44).

Así la existencia se desenvuelve por círculos y ciclos concéntricos sin perder nunca su medida original inmanente en toda transformación. La unidad sustancial o el modelo ecológico del viviente se expanden por fractalidad.

El otro concepto-fuerza del texto es la materia –de la *mater* latina– término de la lengua rústica que significa la sustancia de la que está hecha la madre: su esencia, energía y alimento, similar a la madera de los árboles generadora de retoños, flores y frutos. También la ὄλη griega significa la madera de los árboles, por extensión el bosque o zona boscosa y por derivación el material, asunto o tema del que se hace o surge algo. Esa materia matricial no era mera oscuridad caótica sino, explica Choza, “en sí misma logos que unifica todo lo finito, todo lo creado, en la condición de ser de su mismo linaje” (p. 21). La matriz de la cual algo nace es la misma que ordena sus elementos para dar medida y número a lo generado. El seno materno es así el analogado principal de una materia luminosa.

El texto analiza largamente los tipos de materia que la tradición ha intuido y conceptualizado, desde la diada indefinida de lo grande y lo pequeño de Platón, hasta la potencia infinita o apeirodýnamon de Plotino pasando por la materia prima de Aristóteles, que el autor distingue cuidadosamente de la materia indeterminada y la materia determinada por la cantidad o materia individuante, también tópico de la escolástica. Choza equipara a esta última con lo que la física llama masa y la química específica a través de la tabla periódica de elementos. Con la materia se relacionan los conceptos de potencia –*dýnamis* o materia indeterminada–, *energeia* –actividad de la materia– y *entelecheia* –potencia activa o actualidad–. La *energeia* significa la realización de actividades cinéticas –*kinesis*– o movimientos metabólicos –*metabolé*–. Lo que Aristóteles llama kinesis corresponde con lo que la física de Newton estudia en la mecánica y Einstein reformula en la ecuación $E=mc^2$, siendo “m” energía potencial y “E” energía cinética. La *entelecheia*, por su parte, es la sustancia acabada –ousía– en acto,

la expresión física del uno “no como unidad numérica, sino como plenitud de la propia unidad de cada ente con el Uno, como experiencia del punto-momento en que cada viviente y el Uno son tangentes” (p. 341).

Lo desafiante del texto son los puentes y conexiones subterráneas entre categorías de la física especulativa y la física empírica, contando además con la evolución histórica de los conceptos. Desde la materia aristotélica hasta los conceptos de fuerza y número de Leibniz y Lagrange, o de la kinesis a la teoría general de la relatividad, el hilo conductor es la unidad de origen. Esa espiral de nociones y teorías gira sobre el mismo arché: la Madre. En el principio era Ella y lo siguiente el tres, la pluralidad de números, partículas, la conciencia, el intelecto, las palabras, etc.

En último lugar, aunque no menor, el texto introduce el elemento paterno y los modos en que la tradición lo ha articulado con el comienzo materno. El modelo de referencia es la tabla pitagórica de los opuestos, donde lo femenino se alinea con lo ilimitado, par, plural, izquierdo, móvil, curvo, oscuro, malo y rectangular; mientras que lo masculino lo hace con límite, lo impar, uno, derecho, inmóvil, recto, luminoso, bueno y cuadrado. La materia, otrora potencia y medida de creación, representa ahora una indeterminación degenerante y posibilitante del mal. Esta resignificación del elemento femenino supone el pasaje de la prehistoria matricial a la historia patriarcal, consustancial con la identificación de la materia y la mujer como posibilidad del mal y la degeneración. Textos sagrados como el Rig Veda o algunas doctrinas neoplatónicas, entre muchos otros, dan cuenta de esa transición.

“En el principio era la madre. Matemática y física del comienzo” es una obra enciclopédica, universal, que atraviesa el tiempo y el espacio del pensar sin perder su lugar, el lugar del origen. Se trata de una obra clásica que convierte en memoria y razón una intuición primordial: la mujer, la Madre, el comienzo y elemento femenino del cosmos. Con ella Choza nos regala el fruto de décadas entregadas al estudio y el hábito de la sabiduría. Su pluma es erudita, densa en contenido; cada una de estas páginas hace ostentación de un manejo de disciplinas, teorías y datos que intimida y exige; los autores, analogías, correlatos y síntesis abundan por doquier. Podríamos decir que estamos ante un volumen de consumación y coronación intelectual.

Y en el trasfondo de este memorial de dimensiones monumentales, trasunta una motivación personalísima, cierta velada devoción íntima, secreta, que le transmite a la obra su aire celebratorio. Estamos, en definitiva, ante un *relegere* en el estricto sentido de un recoger o reunir en torno a la unidad del saber, un homenaje elevado en acción de gracia.

María J. Binetti
CONICET / IIEGE-UBA